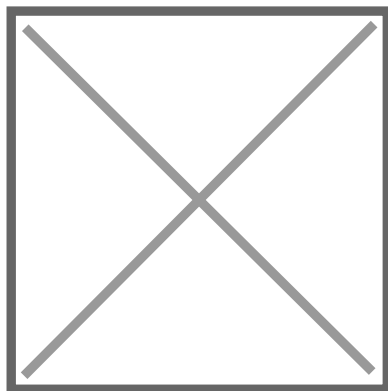




000165067
34 LAS ÚLTIMAS NOTICIAS

23-X-1988 Salpo

CULTURA Salpo

AUTORES Y LIBROS

Calderón: Flor de Pluma

30- He aquí uno de esos libros cuya lectura nos gustaría dilatar a sorbos: "Una invisible compañía", 463 páginas, Editorial La Noria, Santiago, 1988, por Alfonso Calderón. Entre otros innumerables volúmenes de exquisito jaez, Alfonso Calderón, conocido, admirado, entre moros y cristianos, proporciona *El Libro, su Libro*, la obra que en sueños siempre estamos reclamando para unir los eslabones rotos de la palabra escrita o para reanudar el diálogo interrumpido con la literatura.

Ha tocado la suerte —¿mala o buena?— que el libro de Calderón sorprenda a los lectores en plena fiesta de la "papejería política" (panfletos, proclamas, memorias, análisis, radiografías, necropsias, etc.) luego de un vasto período de veda de las libertades tradicionales. No llega Calderón a aguar la fiesta. Viene más bien a enderezarla, a descubrir el sesgo de la historia y la cultura —la existencia de la antigua imagen del escritor, en suma— en medio del apremio beligerante de todo lo contemporáneo.

Si el escritor es el hombre que no se deja empujar ni menos obnubilar (esto es, mediatizar) por el imperio de los hechos, Calderón encarna fielmente esta categoría. Su arte consiste en descargarse de violencia los acontecimientos, en introducir un jeme de serenidad, de bondad o, mejor, de caridad en la interpretación de las tempestades y pasiones que castigan sin tregua al género humano. Hablando de Joubert, Maurice Blanchot nos advierte: "Joubert no es Chamfort, ni Vauvenargues, ni La Rochefoucauld. No fabrica frases ingeniosas con pensamientos cortos. No trafica una filosofía". Hablando de Calderón es oportuno acotar que se parece extraordinariamente al Joubert de Blanchot en el sentido de que durante toda su vida, tanto a través de la poesía como del texto en prosa, incluso de la compilación antológica, no ha hecho otra tarea que no sea hilar su "diario íntimo". En "Una invisible compañía" el estilo de Calderón fulgura merced a la experiencia enriquecedora del viaje. De este modo, el ensayista, el poeta, el historiador y el narrador se funden en la misma pupila para ofrecernos el ejemplo de la buena pluma. Veamos uno de sus frutos, al azar (p. 66): "Fui a Waterloo, más por Víctor Hugo que en homenaje a Napoleón Bonaparte. ¿Puede olvidar alguien las maravillosas



Alfonso Calderón

y terribles páginas que el escritor dedica a la batalla en «Los miserables»? ¿Cómo es hoy el lugar? A poco de más de media hora de tren, desde Bruselas, encuentro una de esas estaciones pequeñas que parecen estampas de la vida idílica de una época inexistente. Hay asientos largos en los cuales dormitan unos ancianos ahitos de tiempo; los enamorados se besan y son mirados con mínima circunspección por los vecinos. El jefe de estación ve la hora en el reloj de viente y unas señoras cruzan la línea del tren, que separa dos lugares de la ciudad, llevando en sus bolsas repollos y zanahorias que dan un vistazo al mundo echando adelante sus enormes narices. Hay muros con enredaderas, casas limpias y modestas, maceteros con flores silvestres y más de un canario que canta, como en la película «Mi tío», de Jacques Tati, cuando un rayo de sol invade la jaula (...). En menos de quince minutos nos hallamos en el campo de batalla. El sol es fuerte y no hay ni una nube que recuerde el día de la lucha trágica. Una gran pirámide de tierra se halla coronada por un león. Remontar hacia lo alto —donde no veremos la gloria— es hazaña de los mayores, con el sol del verano belga. Abajo, en una posada llamada «de Cambromme», cobran un huevo y medio por cada comida. Con razón el militar francés pudo decir, muy dignamente: «¡Mierda!». Poco más allá, en una especie de teatro de

barrio, exhiben un documental acerca de los sucesos, con la explicación que da otro expelador de turistas, en un tono que denota aburrimiento por repetir a diario para las manadas de turistas norteamericanos y japoneses, siempre dispuestos a saberlo todo, para tener más tarde el placer de olvidar, con el fin de «sacar el jugo a los dólares...».

¡Waterloo! ¡Cuánta miseria! Alguien sostenía que para el "ayuda de cámara" no existe el gran hombre. A esta observación ha contestado Ernesto Sábato: "Dicho alcance no habla tan mal del gran hombre como del ayuda de cámara". Para que la historia sea historia —oh Diltthey— resulta indispensable el acopio de las ideas. En el campo de batalla, Alfonso Calderón comprueba que el Waterloo in situ o de visa no vale nada al lado del relato de Víctor Hugo. Por lo demás, al comienzo de su narración lo estampas: "Fui a Waterloo, más por Víctor Hugo que en homenaje a Napoleón Bonaparte...". Waterloo de hoy es el trofeo de guerra y el desastre cultural de la indiana industria turística. Contra esta industria de naturaleza moderna, Ortega y Gasset, de nuevo en plan de ilustre apogeo, escribió líneas lapidarias.

Quedamos así en que la hazaña histórica es más la idea de un suceso épico (¡Diltthey, Diltthey!) que un suceso propiamente tal. Si en Waterloo hubiese sido derrotado un perro llamado "Napoleón" y no un hombre llamado Napoleón Bonaparte, la historia carecería de una página pintoresca, sin echarla mucho de menos.

Las apuntes de Alfonso Calderón son variadas, certeras y fluidas. Su expresión se mueve con agilidad sensual y rítmica. Recuerda a Valéry, a Hernán Díaz Arrieta, a Joaquín Edwards Bello, a Joubert, a Proust, a Blanchot, a Barthes en su respingo para captar detalles del paisaje y de la cultura de los hombres. En este caso el punto de engarce con los mayores monumentos de la civilización de Occidente se sitúa en Francia. El viaje le depara el botón que sólo obtienen los bien aviados del destino. Porque, de haberlos, los hay. Sus nombres se conocen. Ahora, para suerte de Chile, se agrega otro. Bello libro. Flor de pluma.

Calderón, flor de pluma [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Calderón, flor de pluma [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile